

KLARISA

El caso del niño desaparecido

Arrate Egaña

Ilustraciones: Marimar Agirre



erein

KLARISA

El caso del niño desaparecido

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1.ª edición: octubre de 2017

Diseño de la colección y portada:

Iturri

Maquetación:

Erein

Dibujos de portada e interior:

Marimar Agirre

© Arrate Egaña

© EREIN. Donostia 2017

ISBN: 978-84-9109-240-7

D.L.: SS-1111/2017

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus   

Imprime: Gertu

Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309 F 943 783 133

e-mail: gertu@gertu.net

www.gertu.net

KLARISA

El caso del niño desaparecido

Arrate Egaña

Ilustraciones: Marimar Agirre

erein

“**KLARISA LUPABITX**, detective: la luz de los casos más oscuros”. Eso dice mi tarjeta de presentación y, efectivamente, esa soy yo, la conocida detective, un ejemplo para mis colegas de profesión y la esperanza de muchos desesperados.

A pesar de mi avanzada edad, me mantengo con energía en esta difícil profesión y he resuelto con éxito todos mis casos (tan sólo el fracaso en el misterio del parque fantasma ensombrece mi expediente, pero eso es otra historia). Siempre llevo a Samedi conmigo, una gata de tres colores adiestrada para la investigación. La encontré hace ya tiempo por casualidad, un sábado lluvioso, cuando no era más que un animal callejero en un *banlieu* pobre de París. Desde entonces se ha convertido en una gata presuntuosa y aristocrática, una sibarita remilgada que prefiera chipirones en su tinta o merluza en salsa verde a su

comida habitual. Desprecia a los gatos del tejado, la muy chula, aunque le guste salir de noche con ellos a tomar el aire un rato bajo las estrellas. Por otro lado, la vista de Samedi es asombrosa, tanto de día como de noche, y posee el olfato de un sabueso.

Siempre me piden que encuentre a personas desaparecidas, aunque en una ocasión tuve que localizar a un loro que se hacía pasar por un peluche; querían que el pobre hablase sin tener en cuenta su carácter silencioso y reservado.

En fin, como he señalado al principio, he conseguido cierto éxito y un buen nombre gracias a mis pesquisas, y por ello me llueven las ofertas de trabajo.

1. Por fin en casa

Acababa de regresar de Siberia donde había resuelto mi último caso. Helina, una niña que tenía el hábito de desaparecer, tenía muy preocupada a la familia. Descubrí que le gustaba envolverse en nieve y disfrazarse de muñeco,



para librarse de los deberes del colegio. De no haber destapado su engaño habría podido morir de una neumonía. *Spasiba, spasiba*, me dijeron sus padres agradecidos, y me pagaron generosamente el trabajo realizado en rublos. Allí pasé un frío de 27 grados bajo cero, ¡y aún no había llegado el invierno! Por suerte, mi ciudad me recibió con un otoño tibio y amable; la gente paseaba por las calles y los parques donde el sirimiri daba brillo a las aceras y los árboles se vestían de rojo.

Al llegar, el taxista me ayudó a subir las maletas, ya que mi vieja casa no tiene ascensor y vivo en un último piso. El hombre se marchó refunfuñando; al parecer le disgustó que le diera la propina en rublos.

¡Chez moi, en casa por fin!

En cuanto encendí la pequeña chimenea del salón, Samedi salió de su elegante bolso de viaje y se acomodó enroscada frente a la lumbre, sobre su cojín de terciopelo, con intención de sacudirse el frío de los huesos. Yo me desmadejé agotada sobre mi viejo sofá.

En seguida acudieron a mi mente todos los quehaceres que tenía pendientes: además de deshacer las maletas,



debía limpiar la casa, pasarme por la Tienda del Espía a recoger la cortina marca *Eclipse* (una de esas que te permiten ver el exterior con claridad pero que ocultan completamente el interior) y acudir al Museo de Reproducciones, que está al lado de casa, a terminar el dibujo que empecé de la estatua de un gladiador. Por si todo eso fuera poco, mi prima Benita y a mi prima Chloe habían dejado un montón de mensajes alarmantes en el contestador del teléfono de casa y tendría que devolverles las llamadas... ¡*Sacrebleu*, cuántos trabajos!



Dejé todo para más tarde y salí al tejado por la ventana del ático, por relajarme un poco. Desde allí divisé la ciudad durante unos momentos. El río discurría entre grupos de casas de diferente medida y aspecto. Al fondo se veía el mar, no muy lejos. Las farolas de algunas calles se encendieron. El otoño le sentaba bien a la ciudad, pensé, y respiré el aire templado.

Se acercó un gato grande, desgredado y tuerto, pisando las tejas delicadamente. Era un antiguo conocido.

—¡Samedi, tu amigo Pirata está aquí!

Pirata quería mucho a Samedi y seguramente la había echado de menos durante nuestro viaje, pero la gata no se movió de su cojín.

—Saldrá por la noche —le dije al visitante—, ya sabes cómo es nuestra marquesa.

Dejé al gato con la promesa de que le sacaría un trozo de jamón para cenar y entré en casa con el propósito de darme un buen baño. Todo lo demás podía esperar.

Y en esas me encontraba, medio dormida y sumergida en un mar de burbujas, cuando sonó aquella perturbadora llamada de teléfono.

—Merde.

